

LA REVOLUCIÓN CAPITALISTA DE CHILE

Manuel Gárate Chateau
Universidad Alberto Hurtado, Chile
mgarate@uahurtado.cl

Recepción: 9 de junio de 2017
Aceptación: 29 de junio de 2017

LA REVOLUCIÓN CAPITALISTA DE CHILE

Manuel Gárate
Universidad Alberto Hurtado, Chile
mgarate@uahurtado.cl

Gracias por la invitación a todos los presentes para hablarles de lo que he llamado en el libro que escribí “La revolución capitalista de Chile”. Mi idea no es contarles ni resumirles el libro, pretendo dejarles un ejemplar para que ustedes puedan hacer lo que quieran con él. Quiero contarles también, desde la experiencia, lo que significa estudiar la historia reciente.

El estudio del pasado reciente en América Latina se ha convertido en un tema central de la disciplina histórica durante los últimos 15 años; el retorno a la democracia en la mayoría de los países del continente (desde mediados de la década de 1980) ha aumentado la demanda por el conocimiento del pasado reciente, incluso si este campo, a menudo controvertido, fue abordado inicialmente por sociólogos, politólogos y periodistas. Solo recientemente se ha convertido en un objeto ya de área de investigación referencial para muchos historiadores, especialmente de la generación más joven.

Cuando yo inicié mis estudios en historia, yo no quería estudiar la década de los 60, de los 70 y los 80. Yo recuerdo a mis maestros que nos decían: “No se metan la paja de los caballos, como se dice en Chile, es mejor estudiar a los muertos; no estudien los vivos porque los vivos se pueden querellar, los vivos pueden hacer daño”. En ese sentido, y en buena hora, la

tendencia ha cambiado y hoy en día nos podemos dedicar a tiempos más recientes. En ese sentido, como afirma el reconocido historiador francés, Rosseau, el estudio de la historia del presente, invariablemente implica un ejercicio introspectivo, según lo que se ha definido en la disciplina como la ego historia, donde la experiencia del investigador se encuentra estrechamente ligada (temporal e incluso emocionalmente) con el tema de la investigación. Yo quise escribir este libro para explicar el país en que yo había nacido, ¿por qué era tan distinto del país al cual se referían mis padres y mis abuelos?, ¿qué había cambiado? ¿qué revolución se había producido? —que no era una revolución como la pretendía Allende— sino que una revolución de otro signo político. Esta nueva problemática al interior del campo historiográfico da cuenta de un nuevo régimen de historicidad distinto al de la historia contemporánea, debido a la aparición de nuevos problemas relacionados específicamente con cuestiones de nuestro tiempo.

Un buen ejemplo es lo que se mencionó sobre la justicia transicional, que es parte de esta historia reciente, el tema de los derechos humanos, el tema de las transiciones políticas desde regímenes autoritarios a regímenes democráticos. Otros historiadores sostienen que a través de la historia reciente se plantea la cuestión de la recepción del acontecimiento, incluso en el campo de las emociones y las sensibilidades, lo que amplía el horizonte del campo de estudio al ámbito de las subjetividades sin ningún tipo de discriminación. Este argumento nos lleva, finalmente, a la conclusión ya esbozada por el filósofo Paul Ricoeur que sostenía que la historia es una epistemología mixta, un entrelazamiento de objetividad y subjetividad; es decir, el historiador nunca es un relator neutro, siempre está implicado sus valores, su experiencia (incluso cuando nos habla de tiempos lejanos). Un historiador que nos habla de Roma o de la Grecia Antigua, incluye también sus emociones, su experiencia, uno visita Grecia Antigua, la Roma, la conquista de América, la visita siempre a partir de las preguntas del presente. En Europa, los historiadores del tiempo presente surgieron de las problemáticas ligadas a unos grandes conflictos mundiales, especialmente la Segunda Guerra Mundial y el episodio de la invasión y ocupación alemana y sus profundas consecuencias posteriores, ellos han sido testigos del pasado que se impone

el presente, según la lógica revelada por Rosseau y desarrollada por Gerard, de un pasado que no pasa, esa experiencia la hemos vivido con gran fuerza en América Latina.

Los sucesos de hace 40, 50, o 60 años es un pasado que está allí, a través de los testigos, de los testimonios, de los dolores que han quedado, el caso justamente mencionado recientemente en la violencia en Colombia, que uno podría remontarse a 1948 (incluso antes) es una serie descarnada de violencia, de memorias, de testimonios que se van de alguna manera acumulando unos con otros y van generando este pasado que no pasa. En última instancia, la historia se construye sobre la base de una relación no siempre armónica entre la memoria y las huellas documentales: los archivos. El historiador se ha convertido hoy en día en el receptor de una demanda social de memoria, de reparación y de justicia de parte de todos los actores políticos de la sociedad civil en general.

En América Latina, especialmente en el cono sur, que es la realidad que yo más conozco, la inclusión de la historia en el tiempo presente está ligada a las transiciones democráticas y en la necesidad de renovar, sobre todos los estudios, sobre el trauma, en la época de las dictaduras militares de las décadas de 1970 y 1980. Es precisamente a esta demanda que intenta dar respuesta nuestra investigación sobre la modernización económica emprendida en Chile, entre 1973 y 2003 ¿por qué lo cierro en el año 2003? es una pregunta que aparece muchas veces, el año 1973 es muy claro, es el año del golpe de Estado, pero ¿por qué el 2003? si ya estábamos en un régimen democrático y ya gobernaba la concertación, ¿por qué entonces el 2003? El 2003 me parece una fecha simbólica no solo porque se conmemoraban los 30 años del golpe militar, sino que ese mismo año Chile firma el Tratado de Libre Comercio con la Unión Europea y también se integra a los tratados junto con los Estados Unidos de América y Canadá. De alguna manera, esa es una especie de certificación internacional a esa modernización económica en Chile, que se realizó de manera muy violenta en los años 70, pero que después ha sido integrada dentro del régimen democrático.

En este contexto, asumimos que esta modernización constituye un pasado que no pasa, a pesar de los reiterados intentos oficiales por cerrar

este capítulo de la historia reciente chilena, bajo el argumento de pacificar los ánimos, reconciliar el país y establecer verdades históricas derivadas de comisiones de expertos sobre verdad y justicia. En tal sentido, el trabajo coordinado por la historiadora francesa Anne Pérotin-Dumon, denominado “Historizar el pasado vivo en América Latina” (yo se los recomiendo mucho, este es un trabajo que está en la web) donde se recogen experiencias de la historia reciente de tres países del cono sur: Argentina, Chile y Perú. Esta experiencia nos muestra hasta qué punto resulta difícil adentrarse en el pasado reciente de nuestros países; la complejidad de la tarea implica muchas veces la necesidad indispensable del trabajo interdisciplinario de sociólogos, antropólogos, abogados e historiadores. Es decir, hoy en día escribir la historia del tiempo presente no es una tarea que solo la realizan historiadores en solitario, sino que es una tarea multidisciplinaria, pluridisciplinaria, que necesita incorporar estos distintos conocimientos.

Los estudios recientes dedicados a los regímenes militares latinoamericanos han dado prioridad a la cuestión de la represión política en la violación masiva de los derechos humanos, en el caso particular de Chile, otros elementos relacionados con un tipo de violencia más sutil, pero no menos importante, han sido efectivamente excluidos: se trata de la violencia simbólica, originada en las transformaciones económicas y la persistencia de este legado de la dictadura en el presente inmediato. Estas marcas de continuidad del pasado ejercen una influencia cotidiana en las personas y los afectan tanto en el trauma directo, fruto de la violencia física, como la relación que tienen con el Estado y entre individuos; la diferencia es que este tipo de violencia actúa en periodos más prolongados de tiempo, como representación del sentido común. Por lo tanto, la pregunta sobre cómo se instalaron en Chile la lógica individualista de mercado, se extiende a lo largo de todo nuestro trabajo. Decir la pregunta cómo Chile se transformó, cómo Chile aparece ante el mundo como un ejemplo de modernización capitalista en áreas que ni siquiera los países del norte se habían aventurado con tal extremo, por ejemplo, el caso de las pensiones, el caso de la educación o el caso de la salud privada.

La elección de este tema de investigación comenzó a tomar forma durante la década de 1990, cuando Chile iniciaba su transición democrática; fue durante estos años que el país fue descrito por varios países del norte (desarrollados), entre ellos Francia, como el jaguar de Latinoamérica, comparándola con las economías emergentes del sudeste asiático. Este episodio, aparentemente anecdótico, dio lugar a otra pregunta que constituye el tema central de nuestra tesis doctoral. En primer lugar, se trataba de entender cómo Chile logró transformar radicalmente su economía y sociedad en el espacio de tan solo 30 años. En segundo lugar, puso en duda la existencia de un vínculo entre el liberalismo económico clásico predominante en Chile, desde mediados del siglo XIX, y el modelo económico de estilo neoclásico y monetarista impuesto a sangre y fuego en el país desde 1975.

Finalmente, hemos optado por explicar los cambios que se produjeron en la sociedad chilena, desde mediados de 1970, en el contexto específico de una sociedad de mercado y de liberalismo extremo. En tal sentido, Chile, ha sido mencionado como un laboratorio de políticas neoliberales. Yo prefiero a veces hablar de un conejillo de indias de medidas neoliberales, porque en el laboratorio uno puede tener control, es el que comanda; en este caso, nosotros fuimos de alguna manera las víctimas de muchas de esas políticas de liberalismo extremo.

En este contexto, la aparición de una nueva élite y el papel de la figura del economista y la ciencia económica han tenido en Chile, desde mediados de 1960, un rol fundamental. En este sentido, y en lo que manifiesto en el libro, sostengo en la tesis de que el Chile de hoy no podría ser explicado sin esta transformación económica radical entendida en el tiempo y que constituye el principal legado de la dictadura militar del Gral. Augusto Pinochet.

El marco del tiempo específico que hemos elegido se remonta a las primeras décadas del siglo XIX y se concentra especialmente (y eso en la mayor parte del libro) entre 1973 y 2003, es decir, a los 30 años transcurridos entre el establecimiento del régimen militar, cuando se implantaron las reformas del libre mercado y la consolidación del modelo económico en democracia, tras la firma del Tratado de Libre Comercio con la Unión Euro-

pea y Estados Unidos, a principios de los 2000. Estos dos últimos elementos, como dije anteriormente, marcan una suerte de acreditación internacional de las reformas económicas llevadas a cabo en Chile en la década de 1970, que en el momento de terminar de escribir la tesis recibió una nueva certificación: el ingreso de Chile al grupo selecto de las naciones miembros de la OECD¹ En el año 2003, también se marcó la 30^a conmemoración del golpe militar del 11 de septiembre de 1973; ello provocó una verdadera avalancha de libros, artículos, documentales y una controversia política sin precedentes en el país. De hecho, se puso en entredicho la política a la transición democrática asociada casi obsesivamente con la razón de Estado, basada en el silencio y en el olvido, fue así como asistimos a lo que el historiador inglés Peter Burke explicó como una marea memorial, donde el pasado se volvió un tema central, obligando a los historiadores a ocuparse de un periodo que, hasta entonces, y salvo contadas excepciones, habían evitado.

Un ejemplo de esto es la reivindicación de la figura de Salvador Allende. Muchos pueden pensar que Allende fue una figura muy marcadora para mi generación, pero la verdad es que quienes vivimos en dictadura y recibimos la educación que brindaba el Estado en ese momento, controlada por el régimen militar, prácticamente desconocíamos la figura de Allende, si no era por alguna referencia familiar, algún recuerdo, algún vestigio que quedaba. Allende estaba fuera de la historia. Cuando se lo recordaba, se lo recordaba para negar su legado o para condenar las transformaciones que intentó hacer la Unidad Popular entre 1970 y 1973; por lo tanto, solo 30 años después, y después que Pinochet también fue detenido en Londres, se produce un cambio en la unidad historiográfica y comienza la balanza a tornar hacia el otro sentido, es decir, la figura de Pinochet es cada vez más criticada y Allende empieza a aparecer nuevamente y empieza a ser reconocido por la población chilena.

Teniendo en cuenta estas diversas cuestiones y problemas es que sostenemos la existencia de una revolución capitalista conservadora en Chile, fruto de una variante extrema del liberalismo económico, que si bien a

1 Organisation for Economic Co-operation and Development

primera vista parece una contradicción (cómo puede haber una revolución y al mismo tiempo ser conservadora o al menos una paradoja), se impuso en el país antes que los países anglosajones y, evidentemente, antes de la caída de los llamados socialismos reales. Esa es una cuestión que no solo la sostengo yo, sí que es ampliamente discutida en el ámbito de la ciencia política: hasta qué punto en Chile se hicieron reformas neoliberales antes que en la Inglaterra de Margaret Thatcher o en los Estados Unidos de Ronald Reagan. Chile, en este sentido, fue laboratorio o conejillo de indias de algunas de estas medidas.

Personalmente, soy un convencido de que las razones por las cuales uno elige un tema de investigación en la historia están estrechamente ligadas a la experiencia biográfica del autor, incluso cuando se trata de objetos distantes en el tiempo y en el espacio. Esto es especialmente cierto cuando se escribe la historia de un tiempo vivido cercano; los recientes acontecimientos en Chile están estrechamente ligados con el tema que dio origen a esta investigación doctoral en historia.

Viví la infancia y adolescencia bajo los 17 años de una dictadura militar que nos obligó a aprender en la escuela una visión muy particular de la historia chilena, la cual sostenía, entre otras cosas, que la segunda independencia del país se había llevado a cabo en 1973 por el gobierno de la Unidad Popular liderado por Salvador Allende, era tanto así que yo recuerdo que también se nos enseñaba que este había sido el primer país que había derrotado al comunismo internacional, y que desde este punto extremo austral del mundo se iba a producir la reconquista de la libertad y de la democracia frente a esta amenaza marxista. De acuerdo con esta interpretación, esta segunda independencia en Chile no solo marcó el fin de la experiencia socialista en Chile y de una forma de hacer política, sino también y sobre todo el fin de un estado considerado como ineficiente, burocrático y la causa principal del retraso económico del país.

Esto es muy importante recalcar que muchas veces se pone énfasis en que la economía de los economistas de Pinochet lo que trató fue acabar con el legado de la Unidad Popular y la verdad que eso no es tan así, lo que se intentaba era acabar con el legado de todo el Estado de compromiso

construido en Chile desde mediados de la década de los 20 y, sobre todo, a partir de la década de los 30, es decir, un estado que cada vez fue más inclusivo, que se expandió en educación, en salud y que yo lo llamo —hasta hoy— compromiso porque efectivamente había un compromiso entre las elites y los sectores de la oposición a través del Estado de ir integrando poco a poco a más campos de la población. Eso es lo que se rompe a partir de 1973, cuando el Estado es considerado de alguna manera el elemento que hay que combatir, sobre todo el Estado que tiene una injerencia en la economía, un Estado que está ampliamente dirigiendo las políticas sociales, es el Estado que los economistas de Chicago consideran que debe ser sino destruido, al menos reducido a su mínima expresión.

Como se declaró en aquel momento, las fuerzas armadas y las ideas del mercado y la libertad habían logrado derrotar al comunismo y al estatismo en Chile antes que en cualquier otro país del mundo, lo que se les olvidó decir (o no querían confesar) es que dicha transformación se llevó a cabo mediante la destrucción del mismo Estado que la vieja elite chilena había construido de los inicios de la República, a principios del siglo XIX; la instauración del nuevo régimen se realizó a través de una fuerte represión política acompañada de lo que se llamó la terapia de shock económico. Aquí yo tomo el concepto de la autora Naomi Klein cuando habla justamente de cómo instalar políticas neoliberales extremas aprovechando situaciones de shock; el shock puede ser desde un golpe de Estado hasta una catástrofe económica, pongo un ejemplo que da ella de cómo se instalaron políticas por ejemplo inmobiliarias ultra neoliberales en Nueva Orleans después de Katrina. Justamente, es la catástrofe la que permite la instauración de este tipo de ideas.

Estas políticas neoliberales estuvieron a cargo de un grupo de tecnócratas que desmantelaron al Estado de compromisos existentes en 1973 y que dieron forma al nuevo modelo de libre mercado, ellos son considerados hasta el día de hoy como los verdaderos revolucionarios de Chile contemporáneo, terminaron con el legado de la vieja oligarquía terrateniente chilena y regeneraron el catolicismo al adoptar su visión más conservadora rechazando los avances sociales del Concilio Vaticano II. Esto es bien inte-

resante de estudiar pues ¿por qué considero yo que estos economistas son revolucionarios y no reaccionarios? como podía ser la tendencia general o ¿por qué no conservadores? porque en tal sentido ellos no buscan conservar nada, no buscan coartar nada del Estado anterior, ni siquiera de la situación del Chile anterior a Salvador Allende. Lo que les interesa es formar un nuevo Estado a partir de ideas que ellos habían aprendido, sobre todo en las escuelas de economía norteamericana, específicamente en la Escuela de Economía de Chicago; es decir, hay una idea de una utopía de un país que no existe, ellos quieren inventar un país que no existe, que no está en la tradición; crear un país a partir de una visión del mercado que ellos habían aprendido en los libros.

La elección del tema de investigación también es el resultado de una perfección individual, pero también colectiva, iniciado durante mis estudios de ciencias políticas en la Universidad de Chile a fines de la década del 90, cuando las alabanzas al modelo de desarrollo y de transición política chileno venían de todas partes del mundo. La construcción del objeto de investigación fue entonces el resultado de una pregunta que nos rondaba a muchos en aquel momento: ¿cómo se habían producido la transformación económica y social de Chile durante la dictadura militar y cómo el país había cambiado radicalmente? La transformación parecía tan profunda, que solo el concepto de revolución parecía ser capaz de describirlo, a pesar de que históricamente y aún consciente de que aquello era un concepto reivindicado desde la Revolución Francesa por la izquierda. Curiosamente, esta revolución había sido planeada y dirigida por tecnócratas formados en su mayoría en economía y derecho y que no pertenecían a partidos políticos tradicionales. La conformación de una nueva elite empresarial en Chile liderada por este grupo de economistas, principalmente en la Universidad Católica y en la Universidad de Chicago, más conocido como Chicago Boys, constituye uno de los temas principales de esta investigación.

Fue así como dediqué un capítulo completo a trazar su recorrido poniendo especial énfasis en su papel de elite iluminada que actuó de *facto* como la vanguardia radical transformadora del capitalismo chileno, y que su mayor fuerza estuvo durante la segunda mitad de la década de 1970; aquí

incluyo nuevamente un concepto que es propio de la revolución en general, cuando uno toma el modelo de revolución que está basado sobre todo en el modelo inicial de la Revolución Francesa, existe la fase de terror. La fase de terror existió en Chile principalmente desde 1974, 1975 hasta 1978, y también cuento esa historia en el libro de que es imposible pensar en modelos chilenos sin esta fase de terror y, por lo tanto, cuando se habla de exportar el modelo chileno hay muchas ideas que rondan en el mundo, pero esa evidente radicalidad solo pudo ser alcanzado con ese nivel de violencia, y eso es lo que no aparece en la receta. La violencia inicial de esta etapa de terror es inherente al conjunto de transformaciones que se produjeron en Chile.

Nos interesa especialmente estudiar la identidad de este grupo de economistas, la unidad de su pensamiento y la convicción con la que llevaron a cabo su proyecto económico y social sin hacer concesiones de ningún tipo. Aquí surge otra pregunta que es esencial en el libro: ¿por qué los militares, que en general son desarrollistas, que son formados a partir de la matriz del Estado pueden realizar una transformación económica que tiene como objetivo reducir al Estado a su mínima expresión? Eso es una paradoja en sí. La respuesta a esto viene de alguna manera de la forma en que los Chicago Boys presentaron el proyecto a la dictadura militar y, personalmente, a la figura de Augusto Pinochet.

Ellos tenían un modelo ya preparado, habían escrito un libro, el famoso ladrillo, tenían esta formación del grupo que habían logrado en la Universidad Católica, en la Universidad de Chicago, pero además, y esto es lo mas interesante, le entregan a Pinochet lo que llamamos en Chile “un modelo con llave en mano”, es decir, a Pinochet le dicen “Usted no se preocupe de la economía, para qué preocuparse de eso, deje esto a los técnicos y a los expertos y nosotros le vamos a asegurar el crecimiento en cinco o seis años”. Por lo tanto, para Pinochet y para el régimen militar de ese momento era un alivio despreocuparse de uno de los problemas más graves que tenían, que era la crisis económica en Chile poscrisis del petróleo de 1973.

Hay que decirlo también, Chile está viviendo de esta ola de crisis internacional, por lo tanto, se produce una ventana de oportunidades para los Chicago Boys de hacerse cargo y asegurarle a Pinochet el crecimiento

económico y, por otro lado, Pinochet que les aseguraba a estos economistas el poder tomar todas las medidas que ellos necesitaran según un tipo de protesta social. Ustedes se pueden imaginar que un país en que el Estado es reducido a un tercio, donde más de dos tercios de los empleados públicos son despedidos (entre 1975 y 1978) eso genera en cualquier parte del mundo explosión social, protesta, violencia, etcétera. En el caso de Chile eso no existió porque justamente vivíamos en esta etapa del terror, eso como digo la parte de la receta que no se cuenta.

Desde los inicios de la llamada Guerra Fría, en la década del 50 del siglo XX, incluso antes, el gobierno norteamericano había establecido programas de intercambios con distintas universidades latinoamericanas en áreas sensibles como la economía, el derecho, la salud, la sociología y la ingeniería. El objetivo de tales convenios era internalizar los valores del capitalismo, el libre comercio en la democracia liberal al interior de las élites gobernantes latinoamericanas y así evitar lo que ellos llamaban los cantos de sirena de la revolución marxista, por lo tanto, en el caso del intercambio de la Universidad de Chicago con una universidad chilena no constituye ni constituía ninguna novedad, ni un caso excepcional dentro de la política exterior del Departamento de Estado norteamericano; por el contrario, en alguno de los tantos ejemplos que se dieron en el periodo.

La diferencia está en cómo estos economistas chilenos formados en Estados Unidos regresan al país. Al interior de la Universidad Católica de Chile, hacen oposición activa (esto es muy fuerte, de esto hay cientos de escritos de muchos de ellos) hacen oposición activa al gobierno de Allende y, posteriormente, aprovechan el golpe de Estado para proponer un programa económico completo al general Pinochet. Esta es la singularidad que yo mencionaba anteriormente, lo natural habría sido lo más obvio: que Pinochet hubiese recurrido a los mismos militares que habían estado detrás de la conspiración del golpe de Estado, que eran principalmente militares desarrollistas, antes marxistas, pero desarrollistas, y que consideraban que el Estado tenía un rol clave y central en la economía; esto es lo que no sucedió, sucedió la anomalía, Pinochet decide jugársela por un grupo de economistas neoliberales y les deja toda el área económica a su cargo.

Esto implica que al interior de la dictadura se produce un golpe dentro del golpe. Nosotros vamos a ver que durante los años 70 aquellos militares que habían participado en la conspiración —recuerden que Pinochet fue el último en sumarse a la conspiración solo, rápidamente alejado del gobierno y alejado de la junta militar—. Pinochet va a dejar a los más fieles y aquellos que defendían el estado desarrollistas, estatistas, con un rol importante de los militares en la construcción económica, van a ser desplazados y el espacio económico va a quedar en manos de estos economistas principalmente formados en la Universidad Católica. Este es probablemente el elemento diferenciador de la dictadura chilena respecto de otras dictaduras militares sudamericanas del período, el caso argentino es el más notable donde no se produce este golpe al interior del golpe y donde si efectivamente hay una transformación capitalista, seguro va estar compitiendo con militares del corte desarrollista, y eso va a hacer que Argentina va a ser perdurar por largo tiempo su capacidad industrial y Chile va a acabar con su capacidad industrial ya a inicio de la década de los 80, eso prácticamente ha desaparecido.

Una visión integral del periodo 1973-1990 me llevó a utilizar el concepto de revolución conservadora o neoconservadora, aunque el término pueda parecer paradójico y contradictorio. Establecer una diferencia sustancial entre esta nueva tecnocracia y la elite tradicional que participó en la vida republicana del país desde principios del siglo XIX y que, de una forma u otra, había dado forma al Estado en Chile con lentos pero crecientes avances en la integración de otras capas sociales.

Una pregunta surgió de inmediato al realizar la historia republicana del país, si desde el inicio de la República se había impuesto un modo económico liberal y de libre comercio, 1830 hasta 1930, la gran crisis, por lo demás considerado como eminente en la época, ¿dónde residían entonces la singularidad y la novedad de los nuevos economistas neoliberales de la universidad de Chicago? Es decir, la experiencia de una economía capitalista liberal en Chile no era nueva, el tema es la radicalidad y los valores que tenían estos nuevos economistas; esta fue una de las preguntas claves que intentamos responder en la segunda parte del libro. La tercera y última parte de este estudio se centra en cómo el modelo económico del capitalismo

implantado durante la dictadura fue agotado y adaptado por la coalición de centro izquierda que gobernó en Chile entre 1990 y 2010; nos centramos entonces en la modalidades de influencia del poder económico y político en democracia en transición, así como la formación de una nueva elite económica y política estrechamente identificada con el libre mercado incluyendo sus autopercepciones que buscaron en explicaciones naturalistas de corte darwiniano para justificar su dominio social y la desigualdad económica.

Aquí yo cuento una anécdota (hacia el final del libro); en el año 2009 se realizó en Chile un gran seminario para conmemorar los 150 años de la publicación del libro de Darwin “El origen de las especies”. Este seminario fue pensado como un seminario para biólogos, sin embargo la mayor parte de los asistentes era la elite empresarial del país. Fueron invitados conocidos biólogos a hablar en este seminario y ellos se mostraban perplejos, no entendían porqué su público no era gente de las ciencias naturales, sino empresarios. Y se dio el diálogo y muchos de ellos decían que estaban allí porque muchos de ellos, siendo católicos, consideraban que ese desarrollo del capitalismo en Chile había sido un desarrollo natural y que esa elite chilena estaba allí porque ellos habían sido los más fuertes, los más capaces y los más desarrollados. Y yo cuento esa anécdota porque me parece que es muy clara para entender cómo piensa buena parte de la elite empresarial chilena.

Los resultados de nuestras recientes investigaciones nos llevan a concluir que Chile ha experimentado una revolución no solo material, sino también desde el punto de vista del pensamiento económico, la cual supera las divisiones políticas tradicionales para instalarse incluso en el discurso de los partidos de centro izquierda. En segundo lugar, esta revolución económica ha cambiado la elite corporativa en Chile, el nuevo *ethos* actual afirma el ideal del empresario y el conocimiento económico y no en los antiguos valores aristocráticos de la propiedad de la tierra y el desprecio por el comercio.

Lo que ha surgido, desde los años 70, es una clase empresarial capitalista moderna, aunque en relación a los conceptos valores morales y religiosos ultra conservadores. Aquí es muy interesante ver hasta qué punto se produce en la elite chilena una disociación respecto de la iglesia pos

Concilio Vaticano II, que adoptó posturas progresistas a favor de la reforma agraria, incluso en el respeto y la valoración de los derechos humanos. Hay que recordar el rol importantísimo que tuvo la jerarquía de la iglesia chilena en salvaguardar los derechos humanos, cuestión que no fue como en otras dictaduras del periodo y, al mismo tiempo, cómo esa elite, que siendo católica, busca refugio en ciertos grupos católicos conservadores como el *opus dei* o los Legionarios de Cristo para encontrar una justificación moral al nuevo tipo de acumulación capitalista.

Uno de los hallazgos más interesantes de esta investigación es, probablemente, la demostración del caso paradigmático de Chile como laboratorio experimental de ideas que después se expandieron por el mundo. El Chile neoliberal se adelantó en casi una década a las experiencias neoconservadoras del Reino Unido y de Estados Unidos y del resto de Europa, incluso. Las reformas en educación, pensiones y salud fueron tan profundas y radicales que solo pueden explicarse por el contexto autoritario de su aplicación. Esto nos dio una segunda conclusión: el caso de Chile (a diferencia de los países vecinos que también experimentaron reformas liberales en los años 80) es un caso extraño en la historia moderna de reformas llevadas a cabo primero en un país en desarrollo para después ser exportadas a sociedades desarrolladas.

Esto yo lo puedo decir fehacientemente porque cuando estaba redactando este estudio en Francia, justamente una delegación de economistas chilenos venían a recomendarle al gobierno francés —en ese momento dirigido por el presidente Sarkozy— de cómo hacer una reforma al sistema de pensiones para pasarse al sistema de capitalización individual y dejar el sistema de reparto que en Francia es una institución muy fuerte, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial.

El modelo de privatización de las empresas públicas se ha exportado a varios países de la región como Argentina, Paraguay, Perú y Bolivia y también en Centroamérica; ninguno de estos países ha sufrido cambios tan profundos como los ocurridos en Chile, esto nos permite afirmar que solo un contexto autoritario represivo, como el que vivió Chile entre 1975 y 1979, hizo posible la implementación de este tipo de reformas sin una

amplia protesta social. En este sentido, proponemos la idea de una violencia económica como el legado más profundo y duradero de la dictadura militar chilena y esta es otra señal del triunfo de la revolución capitalista, probablemente la única que ha tenido éxito en la historia de Chile, nuestro trabajo consistió en rastrear su genealogía.

Por último, me gustaría decir que mi investigación no se detiene aquí, pues puntualmente estoy estudiando hoy en día aquellos mecanismos que permitieron que el modelo de libre mercado se capilarizara (esa es la expresión que utilizamos) al resto de la población; es decir, más allá de la violencia inicial, me interesa actualmente estudiar los mecanismos de seducción que se pusieron en práctica para atraer a la población chilena a su modelo de vida individual y competitivo. En otras palabras, cómo, por ejemplo, a través del consumo de productos importados, del *mall*, del cine, de los elementos de la cultura se buscó compensar y justificar la pérdida colectiva en términos de educación salud y pensiones en el espacio de lo público. Este ahora es el tema de investigación que estoy llevando a cabo actualmente. Gracias a todos por su presencia y atención.